

GUERRA CONTRA EL TERRORISMO

LA BATALLA DE ARGEL (GILLO PONTECORVO, 1965)

Melba Luz Calle Meza
Universidad Pública de Navarra
José Ignacio Lacasta Zabalza
Universidad de Zaragoza

1. RESUMEN

La película, presentada en no pequeña medida bajo la forma de un documental, lo que le da una fuerza realista tremenda, trata de la batalla por la independencia de Argel. Que empieza bajo crueles formas terroristas (entre 1954 y 1957) y termina en una insurrección general que consigue la victoria frente a los franceses (1962). Es la historia de la lucha seguida por el FLN (Frente de Liberación Nacional de Argel) contra las autoridades coloniales francesas. La *casbah*, descuidado y hasta miserable casco histórico donde habita la población autóctona de Argel, es poco menos que un *apartheid* con respecto a la pulcra urbe europea en la que viven los hijos e hijas de la metrópoli. En el film no se ven mezclas, mestizajes, zonas intermedias, sitios públicos de encuentro, sino una vida de espaldas y una hostilidad completa entre esas dos ciudades que, por su sentido metafórico, recuerdan a las contrapuestas por San Agustín.

Las explosivas circunstancias hacen rememorar la reflexión del filósofo de la guerra Carl von Clausewitz: quien señalaba como factor primordial de las confrontaciones bélicas la *incomunicación* entre los dos bandos en liza.

2. FICHA Y PRINCIPAL CONTENIDO

Que, en parte, tomamos de la contraportada, escrita con claridad por el periodista Javier Ortiz, del vídeo nº 46 de la colección *Siglo XX: las cien pelícu-*

las de nuestro tiempo, editada por *El Mundo*. Líneas de Javier Ortiz que llevan por acertado título *Europa ante la descolonización*. Porque es esa perspectiva anticolonialista, la inequívoca del director Gillo Pontecorvo, la que a veces se pierde en las recientes discusiones –sobre todo norteamericanas– acerca del sentido ideológico y moral de este film.

Pontecorvo, además de director, es uno de los autores de la vertiginosa música, llena de sonidos bereberes, de la que también es responsable el muy prestigioso Ennio Morricone. La producción de 1966 es a la vez italiana (Igor Films) y argelina (Casbah Films). El guión de Franco Solinas aparece desenvuelto en la pantalla por Pontecorvo al mismo ritmo vivísimo de la percusión y gritos desgarrados y persistentes de las mujeres de la *casbah*. Mujeres que tienen un destacadísimo papel en toda esta bien filmada batalla, tanto en la realización de los execrables actos terroristas como en el movimiento propiamente insurreccional y masivo que coincide con el triunfo del independentismo argelino.

Ante la muerte más que presente, las argelinas no son para nada seres sumisos o subordinados a los varones, sino compañeras igualadas en el trágico reparto de papeles políticos y militares que les ha tocado en esa dura experiencia. Si acaso, y como la disciplina del FLN es sagrada, se muestran menos individualistas o rebeldes ante las órdenes que algunos militantes varones, como Omar Alí La Pointe, quien, ante las fases obligadas de inactividad armada, pugna por encabezar acciones luego desautorizadas por los dirigentes superiores de la organización. Así, contrastan el nervio y coraje explícitos de La Pointe con la serenidad y sangre fría no menos valerosas de las militantes encargadas de acciones terribles.

Rostros femeninos de una extraordinaria viveza popular, nada convencionales, que encarnan ya una tensión –un drama para la historia posterior de Argelia– entre las tradiciones musulmanas, las costumbres de la mujer argelina y, por otro lado, los atavíos y modos de la mujer occidental (en este caso francesa). Cuestiones que no atañen solamente a las féminas e indican que entre la tradición y la modernidad todavía no se ha establecido el puente conveniente. En la formidable novela de Azouz Begag *El Pasaporte*, ya durante el siglo XXI, Argel posee avenidas que se llaman Che Guevara o Liberación, pero el terrorismo yihadista causa víctimas por doquier y los métodos antiterroristas de la policía oficial son bastante incompatibles con los derechos humanos (Begag 2001).

Hay un momento en el que Pontecorvo capta con rapidez esa fenomenal contradicción que hoy está muy lejos de resolverse. Se produce cuando varias mujeres argelinas tienen que vestirse de occidentales para efectuar diversos y espantosos atentados terroristas; consistentes en la colocación sincronizada de bombas en el aeropuerto, en bares y diversos centros pacíficos de reunión de las personas, jóvenes y adultos, de los dos sexos, en el corazón de la metrópoli francesa en Argel. Una de las argelinas no duda en valerse de un niño, que lleva conducido de la mano, para despistar a los policías franceses. Y otra tiene que

cortarse el pelo a lo *garçon* para pasar desapercibida en el bar donde va a colocar la mortífera bomba portada en su bolso de mano. Hay un instante en el que se mira al espejo, duda, le duele en lo más profundo de sí misma, pero al final no solamente se lo corta sino que (contra casi su modo de ser) se tiñe el cabello. Pontecorvo nos transmite así con todo realismo ese choque doloroso entre los usos argelinos y los estilos estéticos occidentales. Que, como hoy sucede con toda la discusión internacional sobre el empleo del velo islámico, no se trata simplemente de una polémica superficial acerca de la sustitución de unas formas por otras. Pues generalmente lo que se llaman símbolos no suelen ser –en el sentido de una falta de valor– meramente simbólicos.

Hoy deviene altamente interesante la situación en la que las féminas argelinas se disfrazan –para ellas es un disfraz– de francesas. Porque en ella no aparece para nada la religión ni el razonamiento actual sobre los fundamentalismos religiosos. Religión musulmana que está muy poco presente en el film de Pontecorvo ni en el programa visible del FLN (marcadamente, como se dijo, anticolonialista). Si acaso, puede percibirse en los brevísimos rezos de un matrimonio celebrado ante una autoridad revolucionaria argelina y, aun así, como acto de manifiesta protesta (más bien laica, pues el ministro no es un ningún clérigo) contra el carácter obligatorio del matrimonio civil francés y su inscripción en los registros pertinentes de la potencia colonial.

Salvo escenas aisladas, el Corán no es una de las señas de identidad de la acción independentista ni del pueblo argelino; más lo son sus velos, chilabas, maneras de vivir y, sobre todo, la conciencia compartida de su marginación y maltrato por parte del colonialismo francés.

Si Pontecorvo refleja a la perfección la idea de las dos ciudades que nunca se van a encontrar, hay dos personajes que ponen así mismo de manifiesto las incompatibles personalidades del revolucionario independentista y el militar galo ocupante de un territorio que no es el suyo. Omar Alí La Pointe es un delincuente común que ha dado con sus huesos en la cárcel por hechos ilícitos menores y ha sido testigo allí de la ejecución, exactamente es guillotinado, de un patriota argelino. Guillotina contra los rebeldes a la que se alude en repetidas ocasiones de la película. Entre esos sucesos que vive con indignación y la propaganda que recibe en presidio, La Pointe queda convertido en alguien juramentado en la lucha contra los franceses, a quienes hace causantes de todos los males que afligen a sus compatriotas.

La Pointe es analfabeto y un niño se va a constituir en el lazarillo letrado que le traduce normalmente los mensajes escritos de la organización, así como en su mejor aliado y confidente. En el pasado La Pointe fue macarra, en el sentido literal del oficio, y trilerero. Por cierto, que la escena en la que hace trampas con las cartas en las aceras argelinas podía haber sido rodada –por similitud de gestos y personajes– en el seno luminoso de la vida cotidiana en la calle Sierpes de Sevi-

lla. Pero La Pointe, de valentía sin límites, se convierte en todo un héroe del FLN y prefiere morir, autoinmolarse, junto al niño emisario, un joven recién desposado y una militante de su organización, que entregarse vivo a las fuerzas paracaidistas francesas.

El otro personaje es precisamente el jefe operativo de las fuerzas paracaidistas de Francia: el coronel Mathieu. Nacido en Bretaña, con altos estudios universitarios, ha probado el sabor de la horrible derrota de Indochina (la batalla de Dien-Bien-Fu en la que el general norvietnamita Nguyen von Giap dejó en ridículo al alto mando francés y a sus técnicamente superiores tropas). Mathieu es un soldado resabiado y cualquier cosa menos un militar tópico que todo lo quiere por el uso de la fuerza. Aunque el Derecho y las leyes le estorban, y así lo repite insistentemente, sabe que trabaja para un Estado de Derecho y que eso conlleva ciertos costos poco gratificantes. Como el de soportar las críticas periodísticas de Jean-Paul Sartre, a quien el paracaidista tiene muy en cuenta en tanto que temible adversario. Y su actitud general bien pudiera describirse -valga la metáfora- como un *cartesianismo desagradable* y carente de una ética mínimamente universalista, que viera en los argelinos a otros seres humanos. Es decir, lo menos parecido a La Pointe, que es un todo compuesto a partes iguales de rabia y corazón.

3. EL FIN Y LOS MEDIOS

Mathieu es un militar profesional a quien le desagrada hacer de policía. En una reunión con los oficiales de su regimiento les dice que el adjetivo *policíaco* es algo que, si acompaña a la consecución de un objetivo, nunca gusta a los mandos del ejército. Pero se trata de una orden encomendada que no se discute: la de desarticular al FLN y aniquilarlo. Hay que cumplir la misión encargada a los paracaidistas y, además, realizarla de manera paciente y eficaz.

«Conócete a ti mismo y conoce al adversario y podrás desmontar al Emperador», reza una vieja máxima china muy del gusto de alguien tan experto en la guerra como Mao Zedong. De parecida manera, Mathieu se propuso operar con el FLN. En unas tomas cruciales, el bien informado Mathieu expone en la pizarra a sus oficiales cómo actúa y se organiza el FLN. Que se mueve, como toda organización comunista o revolucionaria en la clandestinidad, bajo unos principios que la hacen casi invulnerable. Reglas de corte y estanqueidad en los viejos manuales de la izquierda en la clandestinidad española contra Franco. Que son las mismas de la estructura revolucionaria argelina que Mathieu quiere destruir. Corte en las relaciones verticales y estanqueidad en las horizontales.

El responsable de una célula no conoce más que a sus otros dos componentes. Ignora los nombres de quienes están situados más arriba o más abajo en la pirámide organizativa. Así, la captura de algún componente del FLN no supone

nunca el descabezamiento de la dirección. Pues ni aun bajo tortura se puede suministrar una información que cabalmente se desconoce.

Por eso Mathieu comienza por desplegar redadas masivas, someter a tormento a los detenidos seleccionados y de ese modo, poco a poco, ir acumulando datos y nombres que rellenan el organigrama de la estructura revolucionaria. Hasta que llega a la cabeza y a los miembros más peligrosos del FLN.

Queda prohibida la palabra *tortura* que es sustituida por el eufemismo *interrogatorio*. Pero los tratos más salvajes se aplican a las víctimas argelinas de los interrogatorios. *La bañera*, y su sensación de ahogo mortal, que tanto uso tuvo también durante el régimen de Franco en los cuartelillos de la Guardia Civil. Suplicio mantenido por la Inquisición durante siglos, que los españoles llevaron a Filipinas y de allí lo aprendieron las tropas norteamericanas. *Waterboarding*, abuso hoy desterrado de los últimos reglamentos militares estadounidenses, pero legitimado, por voluntad expresa del presidente Bush, en los menesteres antiterroristas de la CIA. Todo ello bien recogido en el artículo de Lluís Bassets «Cura de agua» (Bassets 2008: 4).

Los franceses igualmente emplearon la picana, los electrodos, los golpes sistemáticos, las poleas para colgar del techo o de una barra a las personas torturadas, etc. Algunos de esos métodos hacía ya años que formaban parte de la teoría y praxis de la Brigada Político-Social (BPS), que era la principal policía política de Franco desde los años cuarenta del siglo XX. Y que policías españoles, como el célebre comisario Melitón Manzanos, aprendieron directamente de sus instructores de la *Gestapo* alemana. No ha habido fronteras en el inhumano aprendizaje de la brutalidad contra los detenidos, pero tampoco transcurso del tiempo, pues, salvo los atormentadores artilugios eléctricos, hacía cientos de años que la Inquisición española conocía cómo rentabilizar todos esos variados instrumentos -y algunos más- para el mayor sufrimiento de los seres humanos.

Pero Mathieu, al mismo tiempo que le parecen todos esos métodos absolutamente necesarios, no se reconoce como policía y hace surgir de vez en cuando al militar que lleva dentro. En una rueda de prensa presenta a uno de los capturados máximos dirigentes del FLN. Ante las preguntas impertinentes de algún periodista, Mathieu corta por lo sano y reclama un respeto para un personaje de tan fuertes convicciones. En otra ocasión, un argelino se derrumba en un interrogatorio y les conduce al escondite de La Pointe. Un paracaidista se mofa del delator (que vive un drama espantoso al no resistir las torturas) y le coloca en la cabeza un gorro militar. Interviene inmediatamente el coronel para parar en seco al soldado e incluso insultarlo («no seas idiota», le dice).

Hasta en algún libro francés sobre historia de la justicia, se le llama a ese período de la rebelión argelina el de la *justicia difícil* de la IVª República (Foyer 1996: 104). Y hay una cierta comprensión de la tortura que se explica por los métodos

terroristas de los argelinos rebeldes («el intento de recurrir a la tortura es tanto más natural cuando el crimen terrorista ha sido más atroz»). Prácticas que tienen su origen en la urgencia de dismantlar una red y conseguir testigos y pistas para ello. Terrorismo que –en el trabajo citado de Foyer– da lugar a la primacía de la jurisdicción militar y a los tribunales permanentes de las fuerzas armadas. Que impusieron con profusión –como surge en la película– la pena de muerte a los insurrectos.

Pero Pontecorvo deja bien claro qué piensa de todo esto. Hace preceder en el tiempo –hay un antes– los atentados indiscriminados de la ultraderecha francesa contra la *casbah*. Los franceses también practicaron el terrorismo (lo que fue especialmente cierto en la Vª República). Procedimientos, como la tortura, ampliamente criticados en el film. Aunque también se rechazan los bárbaros atentados terroristas del FLN.

En cambio, la insurrección masiva es exaltada como medio pacífico y legítimo. Las escenas finales, con la intervención de un tanque francés y los armados CRS (compañías republicanas de seguridad que se hicieron célebres por su brutalidad en mayo de 1968), frente a la multitud desarmada y gozosa, transmiten perfectamente el pensamiento moral de Pontecorvo: lo que se admite y lo inadmisibles. En esas manifestaciones, las mujeres, que están en primera fila, saltan y hasta bailan en lo que es ya la fiesta de la independencia.

Es más, el director italiano pone de relieve la paradoja de la experiencia argelina. El terrorismo del FLN fue derrotado militarmente, a sangre y fuego escribe con justeza Javier Ortiz, pero la causa independentista argelina acabó con un triunfo en toda regla. Lo que tiene hoy su lección derivada si se piensa en situaciones como la guerra de Irak: se puede invadir un país, dominarlo militarmente y, sin embargo, perder la batalla por los problemas complejos de la ocupación del territorio ajeno.

4. ACTUALIDAD DE LA PELÍCULA Y TEORÍAS REVISIONISTAS

Diversos autores han dado a conocer que esta obra de Pontecorvo ha sido proyectada en el Pentágono estadounidense y comentada por sus altos mandos militares.

En realidad, lo discutido se refiere a dos líneas de actuación del ejército estadounidense. Con la moraleja argelina por divisa: dado que la superioridad militar francesa y la más fuerte presencia territorial y técnica no pudieron con las teóricamente inferiores fuerzas independentistas. Y otra conclusión más: la opinión pública francesa fue la que obligó a De Gaulle a conceder la independencia y entregar el poder a Ben Bella. Porque las guerras revolucionarias y la estrategia

contrarrevolucionaria no dirimen su antagonismo por las armas sino con ideas y propaganda (Vargas Llosa 2008: 35).

De esta manera han cobrado en los medios especializados norteamericanos un vigor inesperado las tesis de David Galula. Un capitán francés de origen tunecino, destinado en las tropas coloniales, que ideó privilegiar las iniciativas sociales, culturales, económicas sobre las militares, con una especial atención a la educación de las mujeres, junto a –y esto es muy importante para la exégesis de esta película– la supresión de las ejecuciones extrajudiciales y la prohibición de la tortura. Galula obtuvo éxitos inmediatos, pero la contienda ya estaba perdida para la conciencia anticolonialista al fin dominante en la metrópoli. Esta experiencia de Galula está recogida en el estudio del profesor Arthur Herman, *How to Win in Irak and How to Lose*. Y ha sido el general norteamericano David H. Petraeus quien ha aplicado estas ideas en la región iraquí del Mosul. Ha potenciado la creación de 1.400 escuelas de niños y niñas, instalaciones sanitarias e incluso se ha reabierto la Universidad del Mosul. El resultado ha sido un mayor apoyo de la población civil y una caída del terrorismo en la zona. Y parece que la participación de las mujeres es una sentida necesidad entre los sectores suníes más hostiles a las medidas fundamentalistas de la *sharia* que les prohíbe estudiar y ejercer una profesión (Vargas Llosa 2008: 35).

Con todo, no se ha de compartir el entusiasmo bélico de Vargas Llosa sobre la invasión de Irak. Pues anuncia que, sea quien sea el ganador de las próximas elecciones presidenciales de los EEUU, al final no se producirá la «espantada» que se dio en Vietnam. Pero la filosofía histórica nos enseña que, como ocurriera desde las guerras napoleónicas en España, cuando se invade un país se sabe cómo se entra y nunca cómo se sale. Y los especialistas en tácticas militares suelen afirmar que la retirada es la maniobra más difícil de poner en práctica. Además, la disolución del Estado iraquí (ejército y policía) sin sustituto posible a corto plazo ha sido un auténtico desastre, amén de un acicate de la labor terrorista, tanto para la sociedad civil de Irak como para los mismos invasores (cosa que a estas horas ya saben los norteamericanos de todas las tendencias ideológicas).

Michael Ignatieff es un intelectual canadiense, de reconocidos trabajos sobre Isaiah Berlin, y de gran predicamento en su país, en los USA y así mismo en España, donde no es raro leer sus opiniones en *El País* y en *Claves de Razón Práctica*. Ignatieff ha construido un razonamiento vertebral en su libro *El mal menor* que es forzoso criticar. Y que guarda una gran relación con todo lo que aquí se comenta; en particular sobre el trabajo de Pontecorvo y acerca de la guerra contra el terrorismo en general. Su perspectiva de apoyo a la invasión de Irak hay que rechazarla de plano, aunque solamente fuera por los inmensos males que ha causado *a posteriori*. Pero también porque Ignatieff es de los que quiso creerse la existencia de las armas de destrucción masiva y que la existencia del régimen de Sadam Hussein era motivo suficiente para la intervención militar estadouni-

dense. Tampoco convence su distinción entre *coacción* y *tortura*. Porque argumentos similares han convalidado los usos brutales y contrarios a la legislación internacional de los interrogatorios de la CIA. Ignatieff se declara contrario a la tortura que pone en peligro la supervivencia de la víctima (uso de drogas, privación deliberada de la comida, ausencia permanente de abogado, castigos físicos exacerbados, etc.); pero le parece aceptable la privación del sueño, que se use la luz o la oscuridad permanente, los ruidos para desorientar o aturdir, el aislamiento, etc. No dice si admite lo que en España se llama *la bañera* o la introducción de la cabeza del detenido en agua hasta que cree efectivamente ahogarse (método justificado por los poderes públicos estadounidenses a propósito de las actuaciones de la CIA). En cualquier caso, el título de su libro *El mal menor* se refiere a la justificación como tal de las coacciones que, a su juicio, no constituyen tortura (Ignatieff 2005: 160-161 y 180-192).

Baste decir que el aislamiento y el insomnio forzado eran dos de los tormentos más temidos y aplicados por una de las peores policías políticas que se recuerdan en Europa: la PIDE portuguesa a las órdenes del dictador António Salazar. Y que la praxis de lo fotografiado en Abu Ghraib (las vejaciones no ponen en riesgo las vidas y serían coacciones admisibles para Ignatieff), ha conmovido a la opinión pública mundial y llevado hasta la denuncia pictórica de un artista de la talla del colombiano Fernando Botero (que ha tenido sus dificultades para exponer esta obra contra la tortura en los medios estadounidenses).

E Ignatieff también ha hablado en esas mismas páginas, desde estos presupuestos que aquí se rechazan de modo tajante, de *La batalla de Argel*. De la que ha dicho:

«La película mantiene un equilibrio moral extraordinariamente sutil, que apoya la lucha de Argelia por la libertad, sin atenuar la gravedad de los crímenes cometidos en su nombre, condenando la utilización que hacen los franceses de la tortura, pero sin dejar de hacer justicia a la realidad de que las torturas no las practicaban bestias, sino gente entregada a sus convicciones. La batalla de Argel se convierte así en un testimonio de la tragedia de la guerra contra el terrorismo».

Ignatieff no tiene presente que Pontecorvo es absolutamente contrario a la guerra contra el terrorismo. Es decir, que critica en profundidad la barbarie que significa la aplicación desproporcionada de la maquinaria militar, con todos sus excesos palmarios, a la lucha antiterrorista. Ciertamente que Pontecorvo critica los desmanes terroristas del FLN, pero lo que Ignatieff llama, de modo equidistante, *tragedia*, cae en la película del inequívoco lado argelino. Y el *cinismo* es el tipo de conducta que atañe a los colonialistas franceses. Porque Ignatieff pierde el sentido de dos claras orientaciones ideológicas de este film: a) la atrocidad que supone el desproporcionado empleo del ejército –y sus tropas especiales– contra la población civil (que es la principalmente dañada, mucho más que el FLN, por los uni-

formados franceses) en la llamada guerra contra el terrorismo b) que la de Pontecorvo es toda una trayectoria y dota a su trabajo de miras tan anticolonialistas como las de su otra película de 1969, también de ese género, titulada *Queimada!*, protagonizada nada menos que por Marlon Brando y cuyo contenido trata de la lucha de los esclavos negros del Caribe contra el poder de la metrópoli y contra el nuevo poder blanco, criollo, que tampoco atiende sus derechos y peticiones.

Por otro lado, que los franceses tuvieran sus convicciones, e incluso que los militares atendieran a la prensa, nada quita, sino que añade, al comportamiento cínico que emplea la tortura y prohíbe nombrarla. Hay una rara coincidencia en el uso de la palabra *interrogatorio* para definir lo que hacían los paracaidistas de Mathieu y lo que hace hoy la CIA, sin límites de tiempo, con sus detenidos acusados de terrorismo islámico.

Y que Michael Ignatieff haya rectificado posteriormente y reconocido su equivocación con el asunto de Irak, no hace sino corroborar todos los anteriores cuestionamientos -aquí escritos- del contenido de *El mal menor*. En una noticia, que no un artículo, de Juan Cruz, se daba cuenta de la autocrítica pública de Ignatieff en una reunión intelectual en Cartagena de Indias (*El País*, 27.1.08). Que tiene varias proyecciones: a) los norteamericanos han causado un problema mayor que la dictadura de Sadam Hussein y apoyar sus acciones ha sido un *error* b) (textualmente) «nos engañaron con el asunto de las armas de destrucción masiva» c) solamente se invade «cuando hay petróleo» y no se resuelve cuándo hay que intervenir en otro Estado que asesina multitudes d) «no se puede detener a los ciudadanos sin juicio, no se puede torturar».

La lección tiene mucho que ver con la de *La batalla de Argel* y la conducta de los franceses. El Estado no puede ponerse a la altura de los terroristas y practicar sus métodos porque, si no, la sociedad puede perder su alma democrática. Razones que podrían extraerse ya de la oposición de Beccaria en 1762 a la pena de muerte. Dado que las leyes públicas que condenan el asesinato y representan la voluntad general de una república no pueden encomendar que se cometa normativamente tan vil acción.

BIBLIOGRAFÍA

- BASSETS, LI. (2008): «Cura de agua», *El País* 13.3.08, 4.
 BEGAG, A. (2001): *El pasaporte*, Barcelona: Muchnik Editores.
 FOYER, J. (1996): *Histoire de la justice*, Paris: Presses Universitaires de France.
 IGNATIEFF, M. (2005): *El mal menor*, Madrid: Taurus.
 VARGAS LLOSA, M. (2008): «Historia de David Galula», *El País* 27.1.08, 35.



LA BATALLA DE ARGEL

TÍTULO ORIGINAL: La battaglia di Algeri

AÑO: 1965

NACIONALIDAD: Italia

DURACIÓN: 120 min.

DIRECCIÓN: Gillo Pontecorvo

GUIÓN: Franco Solinas y Gillo Pontecorvo

MÚSICA: Ennio Morricone

FOTOGRAFÍA: Marcello Gatti (B/N)

INTÉRPRETES: Jean Martin, Yacef Saadi, Brahim Haggiag, Fusia El Kader, Samia Kerbash

PRODUCTORA: Igor Film y Casbah Films